

Y es que no hay nada más imponente que estos leones, tigres, elefantes, rinocerontes, búfalos, cinco ó seis veces más grandes que los naturales, de pie ó echados en grandes pedestales, con las bocas abiertas y pintadas de color de sangre, y mirando con sus enormes ojos de esmalte blanco que parecen girar en sus órbitas de piedra.

Vistos uno á uno detenidamente, son ciertamente grotescos como todas las esculturas chinas; pero el conjunto es de gran efecto.

A medida que descendemos al fondo del valle, suceden á las bestias feroces los animales domésticos, fieles servidores del hombre, cuya presencia anuncian; caballos, camellos, bueyes... en fin, á algunos pasos del arco de triunfo que termina esta avenida mágica, las estatuas de los sabios, de los grandes mandarines y de los emperadores de la dinastía de los *Ming*, cuyos restos mortales están inhumados en las bóvedas de los templos funerarios que se descubren cerca de nosotros.

El último arco triunfal recuerda, como proporción y aun como forma, el de la Estrella de París: está horadado por sus cuatro caras por puertas monumentales cimbradas y su bóveda está cubierta de esculturas de asunto mitológicos.

Nótase en el centro, y sobre un zócalo de piedra, una estatua gigantesca soportando un obelisco de mármol lleno de inscripciones. Es un monumento erigido á la memoria de uno de los ministros más afectos de un emperador *Ming*: la tortuga es el emblema funerario de los mandarines de la más alta categoría.

Desde este punto comenzamos á subir, hasta cerca de 500 metros un arrecife limitado lateralmente por un bosque de árboles seculares en que se elevan de trecho en trecho pequeñas pagodas, cuyas piedras sepulcrales, despojos de túmulos destruidos por el tiempo ó por la mano del hombre, impiden la aproximación.

Detuvimos, en fin, ante un recinto de altos muros de piedra blanca, que cierra la entrada al sepulcro de los *Ming*.

Mientras que nuestros *ting-tche* y los de la legación inglesa trepan á la colina y dan la vuelta al murado recinto buscando la morada de los guardas para que nos franquearan las puertas, echamos pie á tierra, nos sentamos sobre el verde musgo á la sombra de corpulentos alerces y sobre piedras tumularias que nos sirven de mesas, nos ponemos á almorzar alegremente.

¡Oh viejos emperadores de las antiguas dinastías! ¡quién os hubiera dicho que un día los bárbaros del remoto Occidente, cuyo despreciado nombre apenas llegaba á vosotros, vendrían á turbar la paz de vuestros manes con el choque de sus vasos y la detonación de los tapones!

Por lo demás, todo el paisaje tiene un aspecto melancólico. Esta parte del país es el lugar más desierto y menos poblado que hayamos visto en China.

Acostumbrados á la curiosidad de la multitud que nos seguía por todas partes, nos hallamos perfectamente en esta tranquila soledad.

Los guardas no se han encontrado, sin duda; porque acabamos de almorzar antes que vuelvan nuestros *ting-tches*.

Al fin nos abren las puertas; el guarda del primer recinto nos ofrece el té y nosotros hacemos distribuir dinero á los empleados de los sepulcros imperiales. Esto, tanto y más que en Europa, es en China una formalidad imprescindible, y el famoso principio de *nada por nada* ha debido ciertamente ser inventado en el Imperio del Medio.

Verdad es que por respeto ó por cualquiera otra causa, los guardas se disputan la atención de acompañarnos y nos dejan absolutamente libres para ir y venir según queremos: es un verdadero viaje de descubrimientos el que hacemos.

Entramos, pues, en el sagrado recinto; subimos algunas gradas y nos encontramos en un inmenso patio cuadrado. Las avenidas están pavimentadas de mármol blanco, ligeramente jaspeado de vetas grises y un tanto amarillento por la vejez: en el centro y alrededor se extiende una alfombra de verde musgo con hileras de cipreses y tejos recortados. Este patio recuerda ventajosamente el de Versalles, pero sin su muchedumbre de estatuas. En los cuatro ángulos se elevan templos consagrados á las divinidades del Cielo y del Imperio.

Una soberbia escalera de mármol blanco de treinta gradas, nos conduce á otro cuadrilátero del mismo estilo, de igual latitud, pero menos prolongado. Un espeso bosque de gigantes cedros lo limita á derecha é izquierda. Estos árboles que no hemos visto aun en ninguna parte, hacen un agradable efecto con su corteza de un gris casi blanco y su follaje de un verde tan sombrío que parece negro: sus ramas son tan grandes y se extienden tanto, que ha sido menester apuntalarlas.

Ocho templos de cúpulas redondas y sobrepuestas al estilo chinesco, pero más grandes y exornados que los del primer patio, se alzan bajo el misterioso abrigo de los cedros. En ellos vemos una multitud de enormes dioses de madera pintada y dorada, y en el fondo, en el santuario, la Trinidad china con sus seis cabezas y sus seis brazos.

El conjunto de este patio es ciertamente fúnebre: todos nos sentimos poseídos del santo horror del lugar: yo además tiritó á pesar mío, porque reina aquí una humedad penetrante como en un subterráneo ó en una tumba.

No sino con placer subo otra escalera semejante á

XXVI.

DE TCHANG-PING-TCHE Á SUAN-HOA-FU.

Llegada á Nan-kao —Desfiladero de las montañas.—Murallas y puertas fortificadas.—Tcha-tao.—Encuentro de un mandarin militar en Huai-lai.—So-tcheu.—Posada de Ky-mi-ny.—El río Wen-ho.—Magníficos cultivos en las cercanías de la gran ciudad de Suan-hoa-fu.

En la división del camino que conduce al sepulcro de los *Ming* y de la calzada del Norte se despidieron de los viajeros para ir á Pekin por *Tchan-ping-chu*, Mr. Treves y el intérprete de la legación francesa.

Fue preciso también renunciar á los excelentes caballos ingleses de que se habían servido hasta allí, y fueron entregados á un palafrenero chino bajo la vigilancia de dos gendarmes franceses que habían formado la escolta de honor de los viajeros en las dos primeras jornadas, siendo reemplazados según disposición del mandarin, por rocines del país que hacían el servicio de postas.

Estos caballos están descarnados y cubiertos de llagas, pero tienen pie seguro y acostumbrados á la mala vida, soportan como si fueran de hierro, la fatiga.

Al pasar al día siguiente el desfiladero de *Tcha-tao*, hubieron de felicitarse los viajeros por haber cambiado de cabalgaduras, porque ciertamente no habrían podido salir de este mal paso sin perniquebrarse los caballos europeos.

Acercándose á las montañas, que se ven ya aparecer en el horizonte, se va haciendo cada vez más árido y pedregoso el camino.

Media legua antes de llegar á Nan-kao, los viajeros fueron molestados por el viento y una lluvia glacial, tanto más incómoda, cuanto que el camino obstruido por las piedras que arrastran los torrentes, es impracticable.

Nan-kao, á donde llegaron á las cuatro de la tarde, está situado al pie de las montañas en medio de un terreno excesivamente quebrado, que es un acúmulo de cascadas de piedra onix y de talco de color violeta, verde, naranjado, que hacen un admirable efecto: por aquí y por allá algunas copas de acebo y de enebro se elevan solitarias en medio de las rocas.

Pobre, mezquina y casi despoblada la ciudad, se compone de una calle principal, trazada por dispersas casas: en su aridez y sequía, el campo ha de estar como está, inculto.

Los habitantes de Nan-kao no subsisten más que del tráfico que pueden hacer con los viajeros que, viniendo del Norte, hacen parada aquí generalmente al salir de los desfiladeros.

Pocos recursos ofrece esta población y malas son sus posadas por miserables é incómodas: con todo,

la anterior que nos conduce á una plataforma redonda, de mármol blanco y circuida de una balaustrada igualmente de mármol y esculpida.

En el centro se eleva el gran mausoleo que ya vimos desde el fondo del valle. Damos una vuelta de investigación, y en el lado opuesto encontramos un muro cortado á pico y pegado á la cubierta de salvaje vegetación.

Por este lado también, se abre un gran puerta de bronce magníficamente esculpida que nos conduce al interior del monumento construido enteramente de mármol. Pasamos primeramente por encima de una bóveda, con nichos herméticamente cerrados, que deben guardar los imperiales restos; después subimos otra escalera, de bellísimo estilo con rampas primorosamente esculpidas.

Esta escalera construida por el estilo de las de los templos de Pekin, está dividida en dos partes por un mármol de suave pendiente que sigue la inclinación de las gradas y en que hay grabados dragones y otros animales quiméricos.

Por ella subimos á otra nueva plataforma, que es la repetición de la precedente, aunque menos grande y donde nos hallamos á unos 20 metros sobre el nivel del suelo. Desde aquí se descubre un panorama magnífico: en frente de nosotros todo el valle que acabamos de recorrer; á cada lado una infinidad de mausoleos, pagodas, templos y kioscos que no hemos podido ver, ocultos como están bajo los árboles; por los flancos de la montaña el recinto sagrado que se extiende hasta perderse de vista. Muchos días serían menester para visitar este grandioso conjunto de monumentos, y el tiempo nos urge.

Por encima de la plataforma en que estamos se continúa el mausoleo en una inmensa cúpula que termina en puntiaguda pirámide, cubierta de escamas como una serpiente y de bajo-relieves mitológicos.

A nuestro alrededor todos los mármoles están esculpidos en una profusión admirable de dibujos y detalles: cuanto más miramos, más hay siempre que mirar.

¡Cuántos brazos y tiempo é imaginación habrán sido menester para hacer, sino esta obra maestra, este gran esfuerzo del arte chino!

En fin, la pirámide termina en una gran bola dorada que refleja como un foco de luz los rayos del sol, cuyo disco descendiendo en el horizonte entre dos sombrías nubes.

Ya es tiempo de partir si hemos de llegar á *Nan-kao* antes de la noche, tanto más, cuanto que nos es preciso volver casi hasta *Tchang-ping-tchu*.

los viajeros pasaron una noche tranquila en una de ellas.

El día siguiente, 19 de mayo, á las siete de la mañana, se internaron en las montañas por una garganta natural que es un lecho de torrente seco y lleno de rocas.

Imposible parece á primera vista que se pueda pasar por medio de este caos natural, que tiene por todas partes señales del fuego volcánico que levantó esta región en las primeras edades del mundo.

Descúbranse allí los restos de una antigua calzada,



Puerta del desfiladero de Tcha-Tao.

que echar pie á tierra, y afortunadamente, porque una de sus mulas rompió un brazo de la litera. Después volvió á tomar su caballo.

A medida que subían por la montaña, soplaban con mas violencia el viento del Norte, arrastrando consigo nubes de la menuda arena del desierto.

El desfiladero se estrechaba cada vez mas: en una garganta estrecha, encajonada entre enormes rocas, se encañonó tan impetuosamente el viento, que todos los viajeros echaron pie á tierra y hubo que hacer andar á fuerza de brazo á los animales que se resistían á dar un paso.

El polvo caía en los ojos y se andaba casi á ciegas, á la aventura y á riesgo de despeñarse.

Por fin se ensanchó la garganta y llegaron sin otro contratiempo á la parada de *Sin-yung-cuan* situada en medio de las montañas.

Sin-yung-cuan, es un pequeño grupo de casas

que fue destruida, en tiempo de la dinastía *Ming*, para hacer mas difícil el paso del desfiladero á la caballería nómada del desierto.

La naturaleza habia dispuesto maravillosamente estas gargantas para servir de defensa á las grandes llanuras del Norte de la China.

Mad. de Bourboulon iba en litera, pero á pesar de la seguridad de pies de las mulas que la llevaban, tenia que sufrir violentísimos vaivenes.

En uno de los pasos mas estrechos, en que habia una carreta china que embarazaba el camino, tuvo

con alguna vegetacion, grandes árboles y agua. Allí en una posada, muy limpia por cierto y con un bonito patio plantado de verdes árboles, se almorzó y se tomó reposo.

Las alturas que dominan este pueblo ofrecen un fenómeno digno de admiracion: vése por esta parte de la montaña una serie de pórticos naturales, con bóvedas, arcos y columnatas imitando al parecer la arquitectura de un palacio de gigantes. Solo á un capricho de la naturaleza puede atribuirse esta grandiosa obra, pues ningun esfuerzo humano hubiera podido trabajar el granito indestructible de estas masas primitivas.

A partir de *Sin-yung-cuan*, el desfiladero se eleva sensiblemente y llegan al punto culminante de la montaña por una calzada hecha á pico en medio de bloques graníticos.

En esta cúspide hay, para defender el paso, una

puerta fortificada y abierta en un recinto de muralla de 6 metros de altura, que corona y domina todas estas eminencias. Estos muros están contruidos de toscas piedras, almenados y aspillerados: de trecho en trecho, unas torres cuadradas ya casi en ruinas, se alzan por encima de los muros. Antes de la invasion de los manchúes eran estos recintos puestos militares para la vigilancia y seguridad de estos malísimos pasos.

El sistema de fortificacion que comienza á la salida de *Nan-kao*, continúa hasta las inmediaciones de la gran muralla, de que no son mas que ramificaciones los muros y torres del desfiladero de *Tcha-tao*.

Todas estas construcciones ruinosas y abandonadas hoy, eran en otro tiempo consideradas por los emperadores chinos como la mejor barrera para atajar las invasiones de los bárbaros. Sin embargo, en el siglo XIII dejaron pasar á los mongoles bajo el mando



Puerta de Suan-hoa-fa.

de los hijos de *Gengis-khan*: no protegieron mejor en el XVIII á los emperadores *Ming* contra la irrupcion de los manchúes; y los soldados de ingenieros que acompañaban al ministro de Francia, escalaron por diversion estas viejas murallas, probando asi que no defenderian tampoco á la China contra los rusos, si vinieran á atacarla por el Norte.

Cerca de la puerta del desfiladero, que está adornada con figuras de leones alados, algunos de los viajeros pudieron subir hasta la cima de la montaña por una escalera formada con fragmentos de enormes rocas. La vista que desde este punto se descubre es magnífica, dominándose tan vasto acumulamiento de

accidentes, á una altura de 500 metros. Por su altura estas montañas de *Tcha-tao* merecian mas bien el nombre de colinas; pero los efectos de los fuegos volcánicos que las han elevado son tan visibles, que han quedado en la memoria de los viajeros como el tipo de una de las mas formidables revoluciones de la naturaleza.

Luego que se rebasa la puerta de *Sin-yung-cuan*, se hace menos impracticable el camino: las rocas van desapareciendo, y puede ya verse tierra vegetal. Verdes yerbas y algunos arbustos alegraban el paisaje que poco á poco iba perdiendo su desolado y triste aspecto.

Es singular que en esta época del año, en el mes de mayo, el gran camino del Norte, cubierto en el otoño de caravanas, de ginetes y aun de peones que trasportan el té á cuevas á la frontera de la Mongolia, está tan poco frecuentada, que apenas se encuentran en toda una jornada algunas carretas de mercaderes ambulantes ó algunos miserables indígenas montados en desmarridos asnos.

Poco antes de llegar á *Tcha-tao*, que solo dista media hora del desfiladero, se parte el camino en dos que corresponden á las dos entradas de la poblacion y á sus dos principales calles.

Tcha-tao es una ciudad muy menos poblada relativamente á su estension que las demás ciudades chinas: solo alberga 2 ó 3,000 habitantes en su poco animado recinto.

Al llegar á la hostelería, que está á un extremo de la ciudad, los viajeros, bien que fatigados y molidos, fueron á visitar las murallas, las almenadas torres y los fragmentos de cortina, que le dan una apariencia de plaza fuerte.

Este antiguo recinto de *Tcha-tao*, construido como sus casas, con piedras de la montaña, está en parte arruinado por la accion del tiempo y por la mano del hombre; y las fortificaciones anteriores al advenimiento de la actual dinastía, están completamente abandonadas.

Al conquistar la China, los nómadas han sido á su vez conquistados por la civilizacion indígena, y los soberanos actuales, señores feudales de la Mandchuria y de la Mongolia no tienen ya nada que temer de los bárbaros del Norte.

Los viajeros partieron de *Tcha-tao* el dia siguiente, 20 de mayo, á las seis y media de la mañana, atravesando hácia el Oeste-noroeste un valle de gran estension, pero solo plantado de escasos abedules.

El frio se deja sentir intensamente: el termómetro marcaba cuatro grados centígrados bajo cero, el viento Norte soplabá con violencia, y el polvo de arena, como las olas en el mar, precedía á las fuertes ráfagas.

Antes de llegar á *Huai-lai*, donde se habia de almorzar, fue menester atravesar por un puente escarpado un riachuelo torrentoso: el camino que precede á este puente, se hallaba tan quebrado en un punto, que hubo de tomarse literalmente al asalto para ver de salvar tan difícil paso.

«Hemos almorzado perfectamente en *Hue-le*, donde hemos recibido los homenajes de un mandarin militar que visita su distrito. Este hombrezuelo, despues de habernos dirigido con su ágría voz las tres preguntas que hace siempre un chino bien criado: (¿Cuántos años teneis? ¿Cómo os llamais? ¿A dónde os dirigis?) nos ha hecho asistir á una escena de reconocimiento entre él y nuestro mandarin de escolta, naturales los dos de la provincia de *Hu-pe*. Al encon-

trarse se saludaron, alzando los dos puños á la altura de la barba, despues se cogieron la mano derecha con la izquierda, y finalmente se abrazaron con efusion, dándose de vez en cuando sendos besos. Despues de todo disputaron largamente sobre cuál de los dos debia pasar delante del otro.

»En el momento de nuestra llegada tenia el mandarin hallado, la cola rodeada á la cabeza como cumple á un viajero; pero como no es respetuoso presentarse así á los extranjeros, se apresura á desenroscársela, dejándola caer sobre la espalda: ¡son cómicas estas ceremonias chinas!

»He observado tambien pendiente de su cintura un trapo de dudosa limpieza, que parece ser la servilleta de viaje. Como están en desuso en las posadas, no hizo mal en prevenirse.

»A este propósito he de hacer notar otra vez mas la dificultad de procurarse agua fria: los chinos no, están por ella, y así es que siempre que pido agua, me la traen hirviendo, hirviendo.»

Hue-le es una pequeña ciudad murada de unas 5,000 almas y monótona como el paisaje que la rodea. Al abandonarla se sigue por la aridez del mismo valle.

«Algun tiempo antes de llegar á *So-tchu* nos ha sorprendido una tempestad que nos ha hecho ver efectos de luz muy curiosos. El horizonte estaba cubierto de nubes transparentes y el polvo amarillo traído por el viento, daba al paisaje un tinte azulado que no he visto en ninguna parte. Parecia que la naturaleza estaba iluminada con fuegos de Bengala. ¿No podria ser este fenómeno un efecto de la mezcla del verdor vegetal y el amarillo de la arena? Hasta nuestros vestidos y rostros afectaban el mismo color azulado.»

So-tcheu, poblacion de 4,000 almas, está situada en una colina que domina el valle.

Preciso fue atravesar el pueblo para llegar á la posada sita junto á una muralla que lo divide en dos, de Norte á Sur.

Hay en *So-tcheu* muchas torres en ruinas y lienzos de viejas murallas, que revelan una antigua plaza fuerte. Aquí pernoctaron los viajeros, partiendo de madrugada; porque habia que andar 57 kilómetros para alcanzar á la gran ciudad de *Suan-hoa-fu*, donde se debia tomar reposo.

Súbese por el valle de *So-tcheu*, hasta *Ky-my-ny*, que es igualmente una ciudad de 4,000 almas, construida con las mismas proporciones y fortificada tambien. Nada ofrece de particular, á no ser su situacion en las márgenes del *Wen-ho*, rio que viene de *Suan-hoa-fu*, y que despues de haber regado el Norte de la provincia de *Pe-tche-li* va á confluír al *Pei-ho*, cerca de *Tien-tsin*.

La posada de *Ky-my-ny* está sita en las afueras del

pueblo rodeada de bellos árboles y no mal arreglada. El patio estaba cubierto por un toldo de estera que daba sombra y agradable frescura.

Saliendo de *Ky-my-ny*, se atraviesa una nueva cadena de montañas, menos ásperas y mas elevadas que las de *Tcha-tao*.

Grandes y verdes árboles guarnecen todas sus prominencias, mientras que en las gargantas el viento Norte ha acumulado hasta una elevacion de muchos pies las blancas arenas de Goli: á lo lejos parecen las colinas cubiertas de grandes capas de nieve.

Cuanto mas se adelanta, mas se accidenta el camino: el valle se cierra luego y se entra en un desfiladero, á cuya izquierda corre el *Wen-ho*, profundamente encauzado, mientras que á la derecha se eleva en corte perpendicular una colina; en ciertos parajes el camino está cortado en la viva roca, estrecho é impracticable para los carruajes.

Todas estas colinas y rocas que embarazan el curso del *Wen-ho*, están llenas de vistosas flores, abiertas al primer aliento de la primavera: velloritas blancas y purpúreas, peonías silvestres, alteas y saxifragas, cuyos tallos de rosadas flores se elevan como cirios encendidos por entre las quebras de las rocas.

Luego que se sale del desfiladero, cámbiase el angosto camino en un arrecife empedrado, que se estende á la sombra de los árboles enfilados en sus dos orillas, por medio de una llanura cubierta de cultivo. Véase por aquí pocas poblaciones, pero por todas partes se descubren quintas alegres, casas rústicas, rodeadas de campos de cereales. Las principales producciones del cultivo son: el sorgo, cuyos tallos se elevan 2 ó 3 metros del suelo, el tabaco, el mijo, el lino, el cáñamo, el sésamo, el trigo, y sobre todo, cebada. La avena parece aquí desconocida.

La tierra está dividida á cuadros que trazan prolongadas series de higueras, cuyo aceite es de tanto consumo en China, y tambien de algodón herbáceo; esta planta, que parece pertenecer á una especie particular, es cultivado en grande escala mucho mas al Norte de la Mandchuria, y su introduccion haria sin duda un gran servicio á la industria agrícola de la Europa templada.

Sin embargo, la sequía que sufren ordinariamente los campos de *Suan-hoa-fu*, los hace mucho menos ricos que los situados al Noroeste de Pekin, de que ya hemos tenido ocasion de hablar.

Los chinos, estos sufridos y hábiles agricultores, han ahondado á gran profundidad en las llanuras de *Suan-hoa-fu* una multitud de pozos, cuyas aguas llevadas por un sistema de palancas á grandes recipientes, se derraman luego por infinidad de regaderas que surcan el campo en toda su estension. Por desgracia se agotan los pozos en las épocas de los grandes calores, lo que no acontece nunca en los va-

lles de los rios, como el *Pei-ho*, el *Hoang-ho* y el *Yang-tse-kiang*.

Como una hora antes de *Suan-hoa-fu*, acudieron al galope unos ginetes en busca de los viajeros; y echando luego pie á tierra, doblaron la rodilla en señal de acatamiento, cumplieron al ministro de Francia, para lo cual habian sido enviados por los misioneros: eran dos neófitos chino-cristianos.

Todo anunciaba ya la inmediacion de una gran ciudad: casas de campo, templos, pagodas, mulas cargadas de mercancías; cisternas de trecho en trecho, á cuyos alrededores se alzaban tiendas, buhoneros ambulantes, ó bien sotechados en que enjutas viejas vendian provisiones para los viandantes.

XXVII.

DE SUAN-HOA-FU Á TA GRAN MURALLA.

Entrada en *Suan-hoa-fu*.—Ecesiva curiosidad de la poblacion.—Edificio de la mision de los Lazaristas.—Hospitalidad ofrecida por los misioneros.—Musulmanes *hoi-hoi*.—El parque imperial.—Enormes perros mongólicos en la estacion de *Sulia*.—Montes de arena.—*Kalgan*.—Reunion de los ministros de Francia, Inglaterra y Rusia en la hostelería.—Espléndida recepcion.—Paseo por la ciudad.—*Tártaros*.—*Thibetanos*.—*Turcomanos*.—Mercaderes de ropas chinas.—Gran comercio.—Descripcion de *Kalgan*.

A la entrada de *Suan-hoa-fu* fuimos recibidos por el superior de los Lazaristas y el pro-vicario de la mision de Mongolia que habia venido ex-profeso de *Tsin-huan-tseu*, ciudad de la frontera.

Estos venerables misioneros llevaban con desenfado el traje de mandarines chinos: uno de ellos, á quien pregunté por qué no tenia el boton de coral, contestó que la cruz que llevaba sobre su pecho era la verdadera insignia de su autoridad.

Despues de habernos invitado á bajar á la Mision, donde nos ofrecian una generosa hospitalidad, volvieron á montar en los carricoches en que habian venido, y se unieron á la cabalgata.

La ciudad de *Suan-hoa-fu* está circuida de altas y macizas murallas, que horada, entre otras, una puerta monumental, parecida á las de Pekin, y por la cual habíamos penetrado en su seno.

La calle que viene á terminar en ella es recta, ancha y adornada con doble hilera de árboles: las muestras de las tiendas me han parecido lujosas; los mástiles, las banderas, los carteles, los anuncios de todas clases y colores revelan una plaza de comercio.

Por lo demás, andamos embarazados entre una turba de curiosos: una comparsa de europeos con su traje nacional, es lo que jamás se ha visto en *Suan-hoa-fu*, y todo el pueblo se agrupa en torno de nosotros. A la derecha, á la izquierda, por delante, por detrás, por todas partes, undula un mar de cabezas